

EL LATIN ES MUY FACIL ⁽¹⁾

No es mi intención el desarmar y debilitar la reciedumbre del latín. No soy tan iluso que olvide el dicho de que no se ganó Zamora en una hora. No pretendo hacer ante vosotros juegos malabares que en cuatro vueltas de manos os presenten clarísima y descifrada toda la urdimbre del aprendizaje del latín.

¿Cómo podía yo hacer eso ante los maestros de la lengua latina? ¿Cómo voy a poder olvidar el arduo trabajo que he puesto en mi vida para no llegar a conseguir quizás no más que un suave contacto periférico con el conocimiento del latín?

Pero no obstante todo ello, me acucia un presentimiento que no tengo por ilusorio y éste os lo quiero proponer sencillamente. El latín es muy fácil. Es decir, creo que hay un camino corto y real y que puede llevarnos, o mejor, por el que podemos llevar alegremente a nuestros alumnos, a cierta etapa indispensable para el dominio del latín. No sé cómo llamarle. Lo de menos es el nombre. Lo importante es, que una vez propuesto, vosotros veáis alguna utilidad en él, y lo ensayéis y consigáis los opimos frutos que en él se encierran.

Tristes realidades.

No cerremos los ojos ante las grandes realidades de la vida, ni escondamos la cabeza bajo nuestras alas inútiles, para no percatarnos de la presencia del enemigo que tenemos en casa. ¿Estamos seguros de que el fruto de nuestros trabajos docentes responde a los enormes esfuerzos que ponemos? Clase tras clase, hora tras ho-

¹ Conferencia pronunciada por el autor en el IV Curso de Humanidades clásicas de la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca, agosto de 1951.

ra de trabajo nos conduce al final de un curso docente. Al hacer examen de conciencia de él ¿estamos seguros de que no pudimos recoger mayor cantidad de gavillas, y sobre todo, más sazonadas y henchidas?

Al año próximo haremos lo mismo que el anterior, porque en él hicimos lo propio que en los que le precedieron. Ni una innovación en las explicaciones, ni una lucecilla más en nuestras aclaraciones. Regla tras regla, excepción tras excepción, traducción de frase tras frase, sin un comentario explicativo, ni una alusión aclaratoria, ni una descomposición de componentes tan útil y necesaria para los alumnos.

Estos siguen nuestras explicaciones que ya tenían en el libro de texto y el misterio descorazonador circunda los hechos filológicos, las causas de las construcciones, los porqués de los giros y modismos.

No faltan centros docentes donde no se ha cambiado ni un ápice en la enseñanza del latín desde antes del siglo XVIII. Con el correr de los años los antiguos alumnos de aquel centro han llegado al sacerdocio y se han hecho cargo de las clases de latín. No sienten grandes atractivos hacia ella, pero la obediencia... ellos estaban indiferentes a enseñar «*rosa, rosae*», a desempeñar una coadjutoría o a ejercitar el ministerio en la iglesia aledaña a la residencia religiosa. Ya una vez en la clase ¿qué van a haber? Lo que ellos aprendieron de sus antiguos profesores. Y así los eslabones de la cadena nos conducen hasta muy lejos, sin que haya uno que no sienta temor a desunirse e iniciar un ascenso glorioso en la enseñanza de latín.

Y de esto procede el hecho de que los alumnos aprenden el poquito latín que se les enseña, como podían aprender a repetir el nombre de los pueblos y villas de Malasia o de las Carolinas. No penetran en el fondo, no ven moldes sobre los que su ingenio pueda crear, se tienen pasivamente y dejan correr fuera de sí el roce del latín, como el del cierzo que les azota el rostro en los paseos de los días de vacación.

Así no se encariñan los alumnos con esta asignatura a la que no llegan nunca a hincar el diente, y mirándola allá arriba, como la zo

rra del cuento, se contentan con decir: ¡ah! está verde, el latín es muy difícil. ¡Total sin otro objetivo que traducir estas cartas, estos fragmentos, o esta ramera de versos!

Y sin el cariño por el latín no tendremos nunca grandes latinistas. Y es una pena que, junto al florecer espléndido de estos estudios en Alemania, en Francia y en Italia, no tengamos nosotros hoy día un *grupo* de latinistas que colaboren con ellos o que emprendan trabajos de empuje y de formación.

Se me dirá que conseguimos mucho en nuestras clases, que nuestros alumnos componen y traducen y hasta hablan bien el latín. Quiero creerlo, y la esperanza del mañana me ilusiona, pero ¿no es cierto que si aun así nuestra asiduidad en la explicación, y el trabajo de nuestros alumnos produce frutos apreciables, los produciría mucho más sazonados y prometedores si nosotros actuáramos mejor actualizamos, en nuestras explicaciones y en nuestros métodos?

Hacia una reforma en la enseñanza del latín.

¿Para qué estudiar el latín? ¿Para qué sirve esto? Se pregunta el alumno ante las primeras lecciones laberínticas de la Gramática. Si tuviera alguna utilidad práctica, como la tiene el inglés y el alemán, ¡pero el latín, lengua muerta! No vamos ahora a exponer la conveniencia del estudio del latín, cosa que ya hemos hecho largo y tendido en otro lugar. Hoy más que del hecho vamos a hablar de la forma.

Se dice hasta la saciedad que el latín es una lengua muerta. ¿Es esto cierto? El olivo que aunque llegue a desaparecer su tronco pulula en multitud de retoños más y más rejuvenecidos ¿podemos decir que ha muerto?

El latín no es una lengua muerta. La muerte de una lengua se certifica cuando la civilización que ella representó ha desaparecido, cuando no quedan palabras ni formas sobrevivientes, como el osco y el umbro, como el galo, y en gran parte, como las lenguas prerromanas de España. ¿Sucede así con el latín? *Ab Jove principium, Musae...* He aquí el primer axioma que hemos de sentar delante de

nuestros alumnos: la lengua a la que vais a dedicar vuestros afanes no es una lengua muerta, es quizá la más vital que ha existido y existe en el mundo.

El maestro dice unas frases: «la madre ama a sus hijos», «el padre trabaja con mucho esfuerzo», «el hijo se aparta de los amigos que le aconsejan perversamente». No creo que nadie pueda negar que la lengua en que ha pronunciado el maestro esas frases está bien viva; pues bien ¿no observáis que son frases latinas? Un latín evolucionado, un latín del siglo XX, pero al fin y al cabo latín. ¿Quién dirá que el *Mío Cid* o la gesta de los Infantes de Lara no está escrita en castellano? Y difieren notablemente del castellano de nuestros días. ¿Qué ha pasado? El cumplimiento de una ley filológica: las palabras evolucionan, se desarrollan, se deforman a veces; completan o mudan su sentido y hasta desaparecen, sin que por ello se extinga la lengua a la que pertenecen. El estudio de la Semántica da buena cuenta de ello.

El latín, lengua del grupo i. e., es sumamente evolutiva y en buena hora, lo mismo que la lengua reinante en el dominio indoeuropeo formó el celta, el germánico, el albanés, el sánscrito, el indoiranio, el armenio, el griego, el tocario, el hitita y el latín, ésta ha evolucionado distintamente en los diversos medioambientes en que se habló, y ha llegado a formar las lenguas hispánicas, francesas, itálicas, romanas, etc.¹ La historia de cada uno de estos pueblos nos mostrará paso a paso la marcha del latín hasta el momento actual. Esta es la causa por la que ningún lingüista ni historiador fija una fecha en que diga: «de cómo España dejó en tal año la lengua latina y abrazó la española»... Nadie se dió cuenta de lo que hablaba, cada uno usaba la lengua de su siglo, el latín de su día, pero este latín llegó un momento en que era tan diferente del latín que nos trajeron los Romanos y que usaron los Sénecas, Quintilianos, Marciales Prudencios y Lucanos, que el hablante español comparándolo con el que a su vez hablaban los italianos y los franceses, pudo decir con

¹ Léase algún fragmento de la Vulgata, Lc. 10, 25 y ss. «*Glosas Silenses*»; mitad del siglo X. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del Castellano*, p. 13; *De diversis homicidiis*, principios del siglo XI; M. PIDAL, p. 33; «*Mío Cid*» Edición de ALFONSO REYES, Madrid, 1936, p.38.

cierto grado de verdad que ya era idioma español, «latín español» debiera haberlo llamado. Esta idea expuesta desde el principio a los niños, ha de atraerles poderosamente hacia el estudio del latín, haciendo que vean en esta lengua algo propio y sagrado común al hogar de nuestra patria. Verán con agrado que todo el aparatoso estudio del latín se reduce a la observación de las divergencias existentes entre el latín clásico de Cicerón por ejemplo y el latín moderno de Benavente o de Pemán.

Proceder de lo conocido a lo desconocido es el principio de la ciencia, ¿por qué ponemos al alumno delante del latín como si esta lengua no tuviera relación alguna con el castellano?

Cinco declinaciones!!! cuatro conjugaciones!!!, se dice el niño ¿y por qué cinco y no y más? ¿Es que no hay más números en latín?

Procedamos con orden. Enfrentamos al alumno con esas fiercillas horribles y lo dejamos solo. ¿Cómo queremos que él, inexperto, niño al fin, triunfe de ellas airoosamente? Debiéramos decirle: Nosotros tenemos estos casos y los indicamos por medio de preposiciones; los mismos casos que el latín, donde se expresan por la terminación; pero hubo un tiempo muy posterior en que esta lengua, abusando de las preposiciones, olvidó la declinación de las terminaciones, y nos dió la declinación preposicional que hoy tenemos. Fíjate, como en los casos en que el latín no puso preposición no la tiene tampoco el castellano:

Nominativo: <i>rosa</i>	la rosa, (rosa)
Vacativo: <i>rosa</i>	oh rosa, (rosa)

Te quedan por consiguiente tres casos que aprender, reducidos a dos, puesto que el ablativo es lo mismo que el castellano, pero sin preposición, en la primera y segunda, y suprimiendo la *-e* en la tercera (*flore*, flor) (*amore*, amor) evolución del latín en España que hallarás también en la enunciación del infinitivo: *amare*, amar; *ire*, ir; *dormire*, dormir. Con la particularidad de que esta *-e* de los infinitivos se conservó mucho tiempo en los infinitivos castellanos, como se ve en los romances viejos, y aún la conservan en el pueblo los asturianos.

Y hablando del verbo puede procederse de semejante manera: No es tan difícil como parece:

En castellano el infinitivo amar (e) supone el latino *amare*. Así era. Pero resulta que el infinitivo latino primitivo terminaba en *-se*. La *-s-* entre dos vocales se convirtió en *-r-* por ley del rotacismo. Por eso cuando a la *-s-* no le precedía una vocal sino una consonante, la *-s-* se identificaba (asimilación) a la consonante anterior, conservándose, como es natural si la que precedía era otra *s-*. Así tenemos los infinitivos: *es-se*; *velle* < *velse*; *ferre* < *ferse*; *posse*; *nolle*. Que no son en modo alguno irregulares como se dice.

En latín, lo mismo que en castellano, hay en el verbo un sufijo que indica el tiempo y otro que expresa la persona. Como las personas en todos los tiempos son iguales, las desinencias que las distinguen lo serán también:

	LATIN		CASTELLANO
Singular.	1. ^a	<i>-m (o)</i>	no tiene (o, a e)
	2. ^a	<i>-s</i>	<i>-s</i>
	3. ^a	<i>-t</i>	no tiene. El castellano suprime la <i>-t</i> final).
plural.	1. ^a	<i>-mus</i>	<i>-mos</i>
	2. ^a	<i>-tis</i>	<i>-is</i> (suprime la <i>t</i>).
	3. ^a	<i>-nt</i>	<i>-n</i> (suprime la <i>t</i>).

Así en todos los tiempos del verbo. De esto no hay que preocuparse más. Los temas temporales no presentan mayor dificultad.

P R E S E N T E

LATIN	CASTELLANO
No tiene subfijo temporal.	
Se une directamente la desinencia personal al radical.	Lo mismo que en latín.

P R E T E R I T O I M P E R F E C T O

<i>-ba-</i>	<i>-ba-</i>
<i>ama-bam</i>	<i>ama-ba</i>
<i>ama-ba-s</i>	<i>ama-ba-s</i>
<i>ama-ba-t</i>	<i>ama-ba</i>

ama-ba-mus
ama-ba-tis
ama-ba-nt

ama-ba-mos
ama-ba-is
ama-ba-n

FUTURO IMPERFECTO

No tiene sufijo propio, en él se adivina un verbo compuesto.

amab-a
ama-b-is
ama-b-it
ama-b-imus
ama-b-itis
ama-b-unt

Lo mismo en castellano.

amar-(h) é
amar-(h) ás
amar-(h) á
amar-(h) emos (habemos)
amar-(h) éis (habéis)
amar-(h) án

PRETERITO PERFECTO

Sufijo *-ui- vi*.

ama-vi
ama-vi-sti
ama-vi-t
ama-vi-mus

ama-vi-stis
ama-ve-runt

Este sufijo sufre transformaciones fonéticas muy comunes a otras palabras.

amé < amai < amavi.
amaste...
amó < amaut < amavit.
amamos (amemos) < amai-
mus...
amasteis...
amaron < amaeron...

PLUSCUAMPERFECTO

Tiene como desinencia el imperfecto de esse (ser, haber).

ama- v - eram

Con la desinencia del imperfecto de haber antepuesto al participio de pretérito.

amado había (había amado)
 etc.

SUBJUNTIVO

PRESENTE

am-e-m
am-e-s

am-e
am-e-s

am-e-t
am-e-mus
am-e-tis
am-e-nt

am-e
am-e-mos
am-e-is
am-e-n

IMPERFECTO

am-a-rem
am-a-res
ama-re-t
ama-re-mus
ama-re-tis
ama-re-nt

am-a-se *am-a-ra*
ama-se-s *ama-ra-s*
ama-se *ama-ra*
ama-se-mos *ama-ra-mos*
ama-se-is *ama-ra-is*
ama-se-n *ama-ra-n*

PLUSCUAMPERFECTO

La misma formación que en indicativo
ama-v-isse

La misma formación que en indicativo
 amado hubiera (hubiera, hubiese
 amado).

Salvas algunas pequeñas discrepancias en la flexión de algún tiempo, la conjugación latina es única, variando tan sólo la letra temática. Única es sin excepción, en el pretérito y en los tiempos que de él se derivan. La aplicación de las leyes fonéticas que buscan siempre la mayor facilidad en la pronunciación y las leyes de la analogía que dependen de la disposición de nuestro espíritu, reducen a la unidad la incoherencia desconcertante de los paradigmas que suelen darse en las gramáticas y que llenan de dificultad y de misterio el estudio del latín.

Cuando el alumno contemple ante sus ojos esa unidad de flexión, esa analogía de formas, sentirá en su alma la impresión del dominio y de la capacidad formadora que le hará adentrarse con grandes ilusiones en el mundo de la lengua latina.

Al llegar a este punto el profesor no temerá descubrir al alumno lo que hay de permanente y de mudable en la formación de las palabras. Le dirá que *amare*, procede de *am-*, de donde también el sustantivo *amor*, y los adjetivos *am-abilis*, *am-icus*, *am-oenus*, y los sustantivos *am-icitia*, *in-im-icitia*, etc.

Le mostrará cómo *quō, quā, quī, quam, quod, quom* > *cum, quia*, con todos sus compuestos, son formas antiguas de la declinación de *qui, quae, quod*, cómo el infinitivo, el gerundio, el supino, y los participios son formas de los sustantivos o de los adjetivos que constituyen una suerte de declinación del verbo.

Y con esto el alumno tendrá totalmente abierta la inteligencia de toda la morfología latina.

Y estamos ya en la etapa de acometer el aprendizaje del vocabulario latino. ¿Quién podrá entrar confiado en el inmenso laberinto del vocabulario de una lengua nueva? Si han de estudiarse aisladamente las palabras, será obra únicamente propia de los espíritus privilegiados, pero, por fortuna, el profesor puede conducir al alumno a una posición tal que él solo, por sí mismo, puede sentir el orgullo de vencer esos trasgos fantásticos que se yerguen imponentes ante su consideración. Basta indicarle este principio: Las palabras latinas pueden ser primitivas — simples, o derivadas — compuestas. Para adueñarse de las primeras bastan unas sencillas normas de fonética comparada. (Cfr. mi *Clave del latín*, n.º 1-152).

Con ellas el alumno pasará como jugando de

tegulam	a	teg'lam	y	teja
calidum	a	cal'dum	y	caldo
vicem	a	vecem	y	vez
focum	a	fueco	y	fuego
solacium	a	solazu	y	solaz
tredecim	a	tredec	—	treze y trece
amorem	a	amore	y	amor
dominum	a	domnum	y	dueño, etc.

Y para conseguir el completo de los compuestos, derivados o compuesto derivados, le bastará recordar el sentido de los prefijos y de los sufijos latinos que en gran parte coinciden con los actuales castellanos. Cfr. *Clave del latín*, 153-187 y 263-321.

Con estos principios formará sus familias de palabras y no solamente dominará el sentido general de cada una de estas familias, sino que matizará sagazmente en el sentido exacto de cada uno de sus individuos.

Pondremos un ejemplo de familia lingüística:

LEGERE <leg- (europ.) conservada en griego y en lat. El hecho de que en gr. haya llegado a significar «decir» y en latín «leer» y la conservación de la frase «*legere senatum*», indica que estamos ante un término antiguo de sentido técnico, sin duda alguna religioso y político.

Tiene tres sentidos: recoger, escoger, leer.

«Recoger» es el sentido primero: «*legere oleam*» CATO, *R. R.* 144). De aquí «*legere fila*», recoger dando vueltas, hilar; «*legere vela, funem*». En sentido acumulado, «recoger y elegir de lo recogido = «escoger», «*legere condiciones nubendi*» (CIC, *Cacl.* 15, 36).

En especial «recoger con los ojos las letras o signos de una página, de un libro = leer». «*Ut eos libros per te ipse legeres*» (CIC, *Top.* 1, 2).

Aplicando a alguno de estos tres sentidos el significado propio del afijo que se une, nos dará el sentido exacto de cada una de las palabras que siguen:

1.—POR COMPOSICION.

<i>Con-ligo, ěre,</i> (recoger) (<i>Col-ligere</i>).	<i>Prae-lego, ěre.</i>
<i>Col-lectio, ōnis.</i>	<i>Re-lego, ěre.</i>
<i>Col-lecta, ae.</i>	<i>Se-ligo, ěre.</i>
<i>Re-col-ligo, ěre.</i>	<i>Sub-lego, ěre</i> (sustraer)...)
<i>De-ligo, ěre,</i> (escoger)	<i>Trans-lego, ěre.</i>
<i>E-ligo, ěre,</i> (escoger)	<i>Di—ligo, ěre.</i> (escoger, querer)
<i>Se-ligo, ěre,</i> (escoger)	<i>Intel-ligo, ěre, (itellego)</i> (recoger en el espíritu, entender)
<i>Ad-lego, ěre,</i> (escoger, unir)	<i>Neg-lego, (negligo)</i> (no querer escoger, despreciar).
<i>Inter-lego, ěre.</i>	
<i>Per-lego, ěre.</i>	

Como segundo elemento *-legens* (el que escoge, etc) se dice *-legus*; y el acto de escoger *-legium*. Este segundo elemento se une a muchos sustantivos.

<i>Flor-i-legium</i>	} (<i>flos, ris</i>).	<i>Frug-i-legus</i>	} (<i>fruges</i>)
<i>Flor-i-legus</i>		<i>Frug-i-legium</i>	
<i>Spic-i-legus</i>	} (<i>pica</i>)	<i>Sort-i-legus</i>	} (<i>sors, tis</i>)
<i>Spic-i-legium</i>		<i>Sort-i-legium</i>	

<i>Dent-i-legus</i>	} (<i>dens, tis</i>).	<i>Sacr-i-legus</i>	} (<i>sacer, cra, crum</i>).
<i>Dent-i-legium</i>		<i>Sacr-i-legium</i>	

Y de la misma manera, *fatilegus, fatilegium; aurilegus, auri-legium, etc., etc.*

2.—POR DERIVACIÓN.

Leg-ulus, a, um, (el que recoge aceitunas).

Leg-io, onis, (leva, selección en sentido activo, aunque de ordinario se usa en sentido pasivo).

Leg-ion-arius, a, um.

Leg-iuncula, ae.

Leg-umen, ĩnis

Leg-umentum, i.

Lect-io, ōnis,

Lect-or, -oris.

Lect-iuncula, ae.

Leg-enda, ae.

Lect-rix, -icis.

Lect-ura, ae.

Lect-orium, ii.

Lect-orinum, i.

Lect-ionarius, ii.

Lect-ĭto, āre.

3.—POR COMPOSICIÓN Y DERIVACIÓN A UN TIEMPO.

Col-lectivus, a, um.

Col-lect-icius, a, um.

Col-lect-or, ōris.

Col-lect-aneus, a, um.

Col-lect-aculum, i.

Col-lect-orius, a, um.

Col-lect-o, as, āre.

De-lect-us, us, (selección, leva).

De-lect-or, ōris.

De-lect-io, ōnis.

E-lect-io, ōnis.

E-lect-us, us.

E-lect-e.

E-lect-or, ōris.

E-lect-ĭlis, e.

Al-lect-io, ōnis, (Enrolamiento, elección)

Al-lect-or, ōris.

Al-lect-us, -i, (miembro de una corporación).

Al-lect-ura, ae (como *praefectura*).

Di-lect-io, ōnis.

Di-lig-ens, ntis.

Di-lig-enter.

Di-lig-entia, ae

In-di-lig-ens, tis.

In-di-lig-enter.

In-di-lig-entia, ae.

Per-di-lig-ens, tis.

Per-di-lig-enter.

Intel-lig-ens, tis.

Intel-lig-entia, ae.

Intel-lig-ibilis, e.

In-intel-lig-ibilis, e.

Intel-lect-us, us.

Intel-lect-ualis, e.

Intel-lect-uali-tas, ātis.

Neg-lect-io, ōnis.

Neg-lect-us, us.

Neg-lect-or, ōris.

Neg-lig-ens, tis.

Neg-lig-enter.

Neg-lig-entia, ae.

Re-lig-io, ōnis.

Reg-lig-io-sus, a, um.

Re-lig-iose.

Ir-re-lig-iosus.

Ir-re-lig-giose.

Sub-lect-io, ōnis.

Se-lect-io-ōnis.

Se-lect-or, ōris.

E-leg-ans, tis.

E-leg-anter.

E-leg-ant-ia, ae

In-e-leg-gantia, ae.

In e-leg-ans, tis.

In-e-leg-anter.

In-lect-tus, a, um, (no leído).

Ciento seis palabras que domina el alumno con sólo el sentido de *legere* y de los afijos que se le unen.

Cuando el alumno llega a este dominio, asequible para todos, se halla envuelto en la noble convicción de que la dificultad del latín es un mito; que él por sus propias fuerzas puede superarla agradabilísimamente.

Otro campo inmenso y de riquezas insospechadas se abre entonces a los ojos de los alumnos por obra y gracia de la buena técnica del maestro. No ocultará a los alumnos que muchas palabras han sufrido una grave mutación significativa por influjos semánticos.

Y explicará cómo el latín fué en un principio una lengua de labradores y cómo las palabras del campo fueron llegando a la ciudad.

Callēre, tener callos en las manos; penetrar con sutileza en un asunto.

Laetitia es el aspecto del campo, se ha hecho la alegría.

Cultura, cultivo, ha venido a significar ilustración.

Delirare, lira, ae (surco) salirse del surco los bueyes conforme van arando; errar, no andar en razón.

Egregius, de buenos rebaños, rico, egregio, insigne.

Pecunia, de *pecus*, (el rebaño) el dinero, riqueza.

Gemma, yema de los árboles, perla preciosa.

Vitiare, extenderse como la viña, expansionarse, corromperse.

Tribulare, trillar; atribular el alma.

Amputare, podar, cortar un miembro.

Derivare, rivus, abrir un regato, una acequia; derivar, proceder.

Robur, roble, pasó a significar también fuerza.

Congregare, reunir el rebaño; juntar en un lugar varios objetos o personas.

Frugi, campo lleno, de pan llevar; bueno, honrado.

No les ocultará tampoco a los alumnos el espíritu socarrón y burlón que manifiestan los romanos en la aplicación de los *cognomina* (motes, apellidos): *Cato*, el astuto; *Lentulus*, el lenteja; *Scipio*, el bastón; *Scaevola*, el zurdo; (Izquierdo); *Piso*, el mortero; *Pilumnus*, el que apisona; *Fabius*, de faba, haba; *Claudius*, el cojo; *Varus*, el zambo; *Naso*, el narigudo; *Balbus*, el tartamudo; *Calvus*, el calvo; *Cicero*, el garbanzo.

Y sobre todo, la dísimilación a donde ha llevado la evolución semántica el estado actual de muchas palabras: recuérdense *rubrica*, y *tympanum*. De esta manera el alumno no sólo penetrará en el latín, sino también en el castellano, y esto con un placer insospechado y con gusto alentador y vivificante.

Pero llegamos al punto duro del latín, la sintaxis. Sin duda que la idea de su dificultad nos aterra. No sin razón se ha dicho que la sintaxis latina es la más difícil de cuantas se conocen en el mundo.

¿Es esto verdad? Puede ser que lo sea; pero en ese caso bien pocas dificultades tendrán las otras lenguas.

En la sintaxis hay dos puntos esenciales: el régimen de casos y la construcción de modos y tiempos.

Para el dominio de estos puntos bastan dos reglas generales y unos cuantos conceptos. Los expondré brevemente tomándolos de mi Gramática latina:

Régimen de casos:

Regla general: «El régimen latino depende en absoluto del sentido de la palabra o de la proposición. Cada caso responde a determinado número de relaciones. Todas las palabras, por consiguiente, que indiquen o real o metafóricamente tal relación o su contraria, regirán aquel caso. Pongo por ejemplo: la noción de *separación* se expresa con ablativo: todos los substantivos, adjetivos, verbos, adverbios, que incluyan esta noción, exigirán este caso». (Gramática Latina, n.º 225).

Conceptos:

«El *nominativo* indica la sustancia como acto absoluto. El acto puede ser limitado o ilimitado. El ilimitado enuncia la sustancia íntegra: *Deus, homo*. El limitado una atribución especial de la sustancia: poderoso, santísimo, creador, salvador. Tiene, por consiguiente, el nominativo dos oficios: 1.º) El de sujeto agente o paciente de la proposición; 2.º) El de atributo nominal o modificante directo del sujeto a través de un verbo» (Gram. n.º 226).

«El *vocativo* indica la sustancia no en acto, sino en potencia: es el caso en que se pone la persona o el objeto al que se dirige la palabra. *Faciam, ut potero, Laeli. Obsecro te, mea vita*» (Gram 231).

«Según la moderna teoría localista de los casos, el *acusativo* habría tenido en su origen solamente sentido local, respondiendo a la pregunta *quo?* ¿a dónde?. Después, la metáfora amplió el sentido de aquellas relaciones que contienen alguna noción de término. Así pues el acusativo ha venido a significar el término: 1) de la acción, 2) del movimiento, 3) del lugar, 4) del espacio, 5) del tiempo, 6) del fin.» (Gram. 233).

«El sentido propio del *ablativo* es indicar el punto de partida. Encierra, por consiguiente, la idea de separación, de alejamiento. Se construye sin preposición. Esto en tiempos primitivos, después el ablativo ha recogido dos antiguos casos latinos: el locativo y el instrumental, y para su distinción ha sido necesario el uso de las preposiciones.

El oficio actual del ablativo es triple: el del antiguo ablativo que se expresa, o sin preposición, o con *ab, ex, de*; el locativo, de ordinario con *in*; y el instrumental, cuya preposición es *cum*» (Gram. 293).

Y así los demás casos: Genitivo, Gram. 248; Dativo, 279.

Construcción de modos y tiempos.

Regla general. «El verbo en la oración subordinada puede construirse de dos formas: 1) Absolutamente, sin tener en cuenta más que el momento en que se habla. 2) Relativamente, es decir con respecto al verbo de la principal» (Gram. 478).

Conceptos.

Sentido preciso de cada uno de los tiempos latinos, n.º 379 y ss.

Cuadro de la relación de los tiempos, n.º 375.

La construcción relativa, 480, III, IV.

De manera semejante se indica un principio lógico de cada una de las proposiciones simples y compuestas: yuxtapuestas, coordinadas y subordinadas, y el alumno tiene con ello los resortes de la sintaxis.

Luego se matiza y detalla con el fin exclusivo de demostrar cómo se verifican las normas generales, y los estudiantes ven ante sus ojos un panorama despejadísimo y encantador en vez de los detalles parciales, tétricos y sombríos que solemos manifestarles de las particularidades, infinitas particularidades, en que los perdemos, cuando aun no han contemplado ante sus ojos un horizonte determinado. Matizar cuando se domine el conjunto. Eso mismo lo podría hacer el alumno por su cuenta, una vez abierto ante sus ojos el panorama de las grandes realidades de la sintaxis latina.

Dominado el léxico y la sintaxis de la lengua latina, el «*grammatice loqui*», nos resta enseñar al alumno el «*latine loqui*», que representa un grado más y es la perfección necesaria para que el estudiante pueda llamarse latino perfecto. Esto se consigue con la Estilística Latina. No sé si se ha calado bien en el estudio de la Estilística latina. Esta disciplina no está constituida por una colección de frases, de modismos latinos, de recetas prácticas para traducir en latín un tema. Es el estudio completo del estilo latino. ¿Y cómo enseñarlo? La práctica es larga. La teoría sencilla. Redúcese a dos partes: la selección de las palabras y la construcción de la frase. En las normas teóricas bastará que el profesor compare las diversas formas de construir del tiempo latino y de las que hoy rigen la pluma de los mejores escritores. El resto lo dará el ejercicio continuo: *optimus dicendi magister, stylus*, como decía Cicerón. El escribir bien y mucho forma el estilo perfecto en los hablantes o escritores de cualquier lengua. Quien sea buen escritor castellano lo será también latino, con tal observe las diferencias de tiempos y tiempos.

Se nos dirá quizás que nos echamos en brazos de la filología; que es imposible explicar a los alumnos en cinco años además de la gramática, la fonética, la semántica, la estilística. Que si queremos seguir estas indicaciones no habrá tiempo para traducir y para componer, que son los ejercicios más esenciales en el estudio práctico de la lengua.

Cuántas veces habrá ocurrido en nuestras clases que un alumno haya preguntado al profesor por qué *rosā* en nominativo tiene la *ā* breve, y en ablativo *ā* larga. Y el profesor habrá dado una explicación anodina con ribetes de orador, para terminar con la asendereada frase: *quia sic voluerunt poetae!* ¿Hubiera empleado más tiempo en darle la explicación técnica y justa?

No digo que se explique un tratado exhaustivo de fonética, o de semántica o de estilística, pero, ¿por qué no aprovechar todas las ocasiones que se ofrecen para explicar las causas justas de las palabras o de las proposiciones latinas? ¡Y cuánto podría conseguirse con estas explicaciones prudentemente dosificadas!

La filología bien aplicada es el gran resorte pedagógico que, descubierto en el siglo XIX, puede facilitar enormemente el aprendizaje completo del latín.

No se ha hecho justicia a la filología cuando se le han achacado todas las decadencias humanísticas en que estamos sumidos. Formar *únicamente* filólogos cuando debemos formar humanistas, es una inconveniencia; pero también lo es no aprovecharse convenientemente de este medio magnífico para formar mejores humanistas.

Y para terminar daré unas normas concretas que faciliten el uso del método propuesto.

1.—Ante todo, mucho ejercicio. Ejercicio de traducción y de composición; pero para llegar a esto se necesita antes mucho adiestramiento en la composición y derivación de las palabras. Conocimiento exacto de las voces primitivas, con ello se obtendrá el dominio del léxico latino, base indispensable para cualquier ejercicio de versión o de composición.

2.—El profesor expondrá todas las palabras que salgan, con su

completo desarrollo fonético, semántico, desde el latín primitivo al latín (castellano) de nuestros días.

3.—El maestro expondrá el sentido primario de cada una de las palabras, en cada una de sus circunstancias. Con ello el alumno tendrá abierto el camino para la exacta interpretación de ellas en cualquier lugar en que las halle.

4.—Aunque el profesor vea que el alumno domina la composición y derivación de las palabras, de cuando en cuando insistirá en ello para grabarla más y más en la inteligencia de los alumnos.

5.—También servirá mucho para confirmar el léxico que alguna vez lea el profesor en clase fragmentos de latín de transición al castellano, o autores castellanos como el Mio Cid, D. Juan Manuel, Alfonso X, etc., relacionando constantemente las dos etapas de la lengua. De esta comparación resultará magníficamente la idea de que es en el fondo una misma lengua.

6.—Cuando lea castellano hará notar los giros latinos que salgan, y hará ver que en realidad no ha habido más que la evolución fonética consabida. Lo mismo que al comentar las expresiones latinas que tengan su equivalente castellana.

7.—En la semántica toda detención es poca. ¡Y hay tan amplio campo en ella para la explicación interesantísima del profesor! A estas explicaciones muchas veces contribuirán los conocimientos que los alumnos traen de sus pueblos o regiones, donde tendrán aplicaciones convenientes.

8.—En el estudio del vocabulario se harán algunas referencias al catalán, al gallego, a los modismos o formas del habla actual aun en las regiones de España. En Aragón, sobre todo, las formas dialectales, son por lo común giros latinos.

9.—De cuando en cuando podrá hacerse también alguna excursión geográfica por los pueblos, montes, ríos, etc. de España y se harán notar los vestigios latinos que en ellos se conservan.

De esta forma el alumno advertirá que el latín es todavía sangre caliente en nuestra lengua, en nuestra civilización, en nuestra geografía, y no podrá menos de entusiasmarse con esta lengua.

E infiltrado el entusiasmo en el alumno, el profesor tiene conseguido un ochenta por ciento. Asunto o disciplina que se ama, asunto o disciplina que se emprende y aprende con gusto, sin esfuerzo y con facilidad.

Persuadámonos, el latín para un español es muy fácil.

JOSÉ GUILLÉN.